

EL SUJETO DE LA PAZ

José Jara

Instituto de Estudios Humanísticos
Universidad de Valparaíso

R Pareciera que la paz es una idea sobre la cual se puede reflexionar más allá de los ámbitos de la sociedad y de las naciones, en los cuales puede presentarse con toda la complejidad implícita en las modalizaciones de la paz social y de la paz entre naciones o Estados. En ambos casos, se suele pensar a la paz desde la dimensión de la política y en conexión con esa otra idea o realidad, al parecer naturalmente asociada a ella, de la guerra; y en este caso como guerra civil –en tanto situación extrema en que pueden llegar a expresarse los conflictos políticos en una sociedad– o bien como guerra entre naciones o entre conjuntos de naciones bajo la forma de alianzas entre algunas de ellas frente a otras.

La asociación de la paz con la guerra parece ser tan natural, que hay quienes a la hora de definir la paz, pareciera que no encuentran muchas alternativas más para hacerlo que calificarla como la ausencia de guerra o como la no-guerra. Así lo plantea Bobbio en uno de sus libros y cita en apoyo de esta propuesta textos de Hobbes y de Raymond Aron¹. Es posible que esta alternativa se presente como la natural cuando se accede al tema de la paz, especialmente desde la perspectiva política de la sociedad y de las naciones.

Pero también podría pensarse a la paz como una idea que se pone en juego en el ámbito más restringido y personal del hombre como individuo, bajo la forma, por ejemplo, de la paz consigo mismo que alguien procura o desea obtener, o bien, ya ha alcanzado. E incluso explicitarlo algo más, diciendo que se podría pensarla como la identidad o coincidencia de alguien consigo mismo, y esto como una situación en la que ese alguien siente y entiende que ha logrado reunir en sí –satisfactoria o consistentemente– las opciones o alternativas de experiencias, de hechos y proyectos de vida que se le ofrecen, que él elige y acepta como suyos. Aquí podría apreciarse una cierta aproximación a la paz, al menos y teóricamente, positiva, es decir, no inmediatamente dependiente de ni en oposición a la guerra.

De entre las diversas cuestiones en las que cabría detenerse y analizar en esta proposición, hay por lo menos un mínimo de elementos teóricos allí expresados que

¹ Norberto Bobbio, *El problema de la guerra y las vías de la paz*. Gedisa, 1982, Barcelona. p. 160.

se repite en numerosas propuestas filosóficas a través de los siglos. Se trata de la relación entre lo uno y lo múltiple. Así, en esta primera aproximación a ese tema desde otra perspectiva, la paz sería ese estado del hombre en el que un individuo reúne en sí mismo lo múltiple que experimenta como constitutivo suyo. Al lograr un hombre esa unidad de lo múltiple que siente que hay en él, accedería a una o a la identidad consigo mismo, a una o a la coincidencia consigo mismo, es decir, a la paz.

Cualquiera sea la forma que adopte eso “uno” en un hombre, o las figuras con que se manifieste lo “múltiple” que en él haya, esa identidad, coincidencia, o esa paz, pareciera que sólo pueden entenderse como un proceso, como algo que en algún momento puede lograrse cuando se cumple con las condiciones propias a ese proceso. Y cabe suponer que la posibilidad o el poder implícitos en ese “puede” son efectivamente realizables. Por algo el hombre es un ser dotado al menos de razón y de voluntad que le permitirían alcanzar eso que puede, siempre que se cumpla con las condiciones en cada caso correspondientes, exigidas por esa razón o por esa voluntad. Y si la identidad o la paz son un proceso en el que un hombre puede encontrarse como siendo partícipe de él, buscar o asumir, si ese proceso se consuma favorable o positivamente, cabría decir que lo allí logrado es la paz y que la paz es un acontecimiento, algo que puede acontecer.

Pero si la paz es en un hombre un proceso, culminable en un acontecimiento, habría que suponer que tanto lo múltiple que en él haya y él reconozca como válido para su personal proceso de búsqueda de la paz, o de identidad o coincidencia consigo mismo, así como lo uno en que él procura reunir eso múltiple, son, en cada caso, asuntos que pueden presentarse o darse de diversas maneras, o bien pueden no presentarse ni darse. Es decir, lo múltiple dado o dable y lo uno alcanzado o alcanzable, como elementos mínimos de ese proceso, tendrían una condición histórica, algo que se ha hecho, se hace o podrá hacerse. Y pareciera que algo semejante habría que decir de aquella razón o de esa voluntad implícitas en aquel “puede”, que permitiría que ese proceso culmine en un acontecimiento. Es decir, habría que disponerse a pensar a la razón y a la voluntad como asuntos o disposiciones humanas que estarían traspasadas o inmersas en los sucesos de la historia, de la historia humana. Paralelamente, la paz, como acontecimiento en que este proceso puede culminar, tendría igualmente una condición histórica, remitiría a un estado de vida o de experiencia que se puede alcanzar o no.

Esto último, efectivamente, puede sonar como algo obvio. Lo que puede no resultar tan obvio, sin embargo, es cómo pensar la condición histórica de los elementos configuradores de ese proceso y, además, por así decir, los instrumentos con que se piensa y se articula a esos elementos. Pero también pueden considerarse como problemáticas las consecuencias que tendrían para el modo como hayan de integrarse y operar en la economía de la vida cotidiana de un individuo —es decir, en esa vida suya efectivamente marcada por el tiempo, traída y llevada por los sucesos de la historia— los resultados de ese proceso; todo lo cual apunta hacia la valoración que se haga de éstos en la vida de un individuo que quiere estar en paz consigo mismo, o bien, que quiera acceder a una identidad o coincidencia consigo mismo. Especialmente cuando ahora se encontraría con que esa paz, identidad o coincidencia es sólo

histórica, es decir, no sólo afectada por ingredientes que pueden ser mudables y diversos, sino que su resultado también es susceptible de experimentar cambios, de ser un estado provisorio.

¿Es que cuando un hombre busca la paz, la identidad o la coincidencia consigo mismo, busca algo que sea sólo provisorio? ¿No se tiende acaso a otorgar a esas palabras una carga de sentido algo o mucho más fuerte que esa provisoriedad, que la que pareciera ofrecerse bajo esta propuesta de reflexión sobre el tema de la paz? ¿De dónde procede esa carga de sentido más fuerte que pareciera encontrarse en las aspiraciones cotidianas de los hombres? ¿Son reales, legítimas, esas aspiraciones? Si lo son, como parece difícil de negar, ¿por qué se ven ellas una y otra vez frustradas cotidianamente? ¿Tiene eso, acaso, algo que ver con la manera como se ha pensado en Occidente a través de siglos a los elementos y a los instrumentos con que se ha valorado a la idea de la paz y al hecho de si ésta es un estado, un proceso, un acontecimiento, o bien algo otro que esto, más bien una idea de algún tipo determinado de razón o racionalidad, o también un don o un estado que se concede, de gracia, por ejemplo, y quien quiera sea que otorgue esa gracia, un hombre o un Dios? Por otra parte, ¿es que habría de aceptarse que la historia, a pesar de sus cambios y provisoriedad de lo logrado en ella, pueda tener también algún peso y permanencia en la vida de los hombres? Si lo tiene, como igualmente parece difícil de negar, ¿por qué cuesta tanto a veces aceptar que se la introduzca como una instancia legítima en el ejercicio del pensar y de los elementos teóricos que lo configuran y con los que él se vuelve operativo, es decir, se piensa lo que se quiere pensar, por ejemplo, la paz –o incluso igualmente la idea y la realidad de la libertad?

Tal vez cabría pensar la paz de una manera similar a como se piensa y se acepta que en la vida de un hombre puede darse la felicidad. Como algo que se tiene a ratos, por momentos, incluso por instantes; y que allí también interviene a veces la buena o la mala fortuna, así como el saber o no reconocerla cuando ella pasa junto a nosotros con el rostro descubierto o velado, haciéndonos señas o en silencio. O bien, que se puede acceder a la paz así como se tiene salud, es decir, que se la puede tener, perder y recuperar, y que, a propósito de la buena o de la mala salud, podemos disponer de y reconocer síntomas de ellas, preservar una y prevenir la otra, ya sea que se trate de la salud física o mental, y que en cada caso puede estimularnos a acciones determinadas o dejar secuelas en uno, etc. Efectivamente, la casuística puede aquí ser muy amplia, pero no por ella indeterminada ni irrelevante.

Disponerse a pensar la paz desde alguna de estas dimensiones de la vida cotidiana, que lindan de manera inmediata con los hechos y sucesos de la historia –aunque sólo sea inicialmente bajo la perspectiva de una historia personal del individuo– supone tomar distancia del sujeto metafísico aún vigente subrepticamente en tantos discursos teóricos. Pues éste, y de manera privilegiada, ha solido restringir los márgenes del ejercicio de su pensar a aquellos más bien estrechos que se extienden entre los polos de la dualidad de los opuestos, contrarios o contradictorios. La historia del individuo en la facticidad de su existencia, desde la óptica de ese sujeto metafísico, rara vez se hace presente, y cuando ello sucede, suele hacerlo –y para usar una imagen– bajo lo que podría denominarse como un único camino más bien lineal, en el

que la conciliación entre el punto de partida y el de llegada se logra mediante alguna forma de reducción del uno al otro. Una reducción que, con todas las variantes que se puedan mostrar, sólo cabe resolver ante el tribunal que ese tipo de racionalidad ha establecido, y de acuerdo a las únicas normas y procedimientos válidos postulados y garantizados por ella misma.

Para introducir el tiempo y la historia en el pensar, sin embargo, parece necesario expandir aquel espacio, y adentrarse en uno que trae consigo otro tipo de interrogantes, de juegos y de apuestas. Y con respecto al hombre que procura acceder a sí mismo desde este otro espacio de la historia, en la que de hecho habita, y ahí se hace y rehace, se vuelve imprescindible abrirse a la multiplicidad de elementos y articulación de ellos que allí lo configuran, dentro de un proceso del cual puede conocerse su actual punto de llegada o de estadía, pero cuyo punto de partida exacto puede tornarse incierto en la medida en que se desande el camino recorrido, provisto de una mirada interesada en las peripecias allí acaecidas. Esa multiplicidad y este proceso conducen a pensar al hombre como un sujeto con una consistencia plural, que no sólo le lleva a transitar por diversos y múltiples caminos, sino que también ha de estar en condiciones o en disposición para abrir, despejar y rehacer nuevos caminos sobre la base de los ya conocidos o transitados. Este tipo de sujeto es uno que se verá abocado, en tal situación, a evitar o a transformar la fatiga que pueda sobrecogerlo, pues lo que allí está en juego es la búsqueda y reinención de sí mismo en esa historia o, dicho de otro modo, es la *reinterpretación del proceso de formación de su propia subjetividad*. Pues no se trata de negar que haya habido formas específicas de ésta en el pasado, y que si frente a ellas se experimenta ese tipo de insatisfacción que conduce a la crítica de ellas, de lo que en éstas se trata es de acceder a otra figura de la subjetividad en la que podamos sentirnos como en casa. Si ésta ha de reencontrarse en algún lugar, seguramente habrá de ser uno que esté él mismo traspasado por la historia, por todo cuanto sucede entre el comienzo y el fin de algún acontecimiento humano.

Y lo más inmediato y concreto que, sin duda, el hombre parece tener a su alcance con estas características, es su propio cuerpo; ese cuerpo que en la tradición del pensar se ha experimentado paradójicamente como propio y extraño a la vez, como insustituible y sin embargo, de algún modo, desechable a la hora de pensar sobre el sujeto, el individuo que parece tornarse así irreconocible, ubicuo, sin ese cuerpo suyo. Cabe abrirse a la posibilidad de pensar y entender al cuerpo como el centro de gravedad del hombre, como a ese centro siempre desplazable de un único e inamovible punto fijo, puesto que su fijeza en el mundo en que habita deriva también de las múltiples fuerzas que desde dentro y fuera suyo lo constituyen, y que a partir de sus interacciones le otorgan la tal vez inquietante consistencia de un centro susceptible de transformación y tránsito. De tránsito por la historia, sin duda, como el ámbito u horizonte más amplio que acoge dentro de sí al mundo habido y por haber, en cuya geografía oficial y cotidiana, real e imaginaria, se despliegan de distintas y variadas maneras las fuerzas y las palabras que gravitan y se articulan en su existencia, la que a pesar de la caducidad del cuerpo que la sostiene, es la única con que humanamente puede contar. En la medida en que se otorgue también la palabra a estas otras perspectivas de aproximación al cuerpo y a la historia, es probable que sea en todo este

complejo dispositivo de la existencia humana en donde habría que rastrear algunas huellas que conduzcan hacia otra comprensión de la paz en el hombre y del sujeto de la paz.

De distintas maneras hemos señalado ya que la introducción de la historia en la existencia del hombre, del sujeto, haría inevitable que cuando se quiera pensar el tema de la paz, ésta aparecería como algo provisorio, que puede o no suceder. Pero no sólo esto, pues además y por uno de sus lados, la paz de este sujeto podrá ser continuamente fugaz y volátil, puesto que su propia existencia y la que hace y despliega diariamente con los otros individuos está inmersa en un continuo proceso de quehaceres que le plantean renovadas y diversas posibilidades de elección y acción. Y sin embargo, no parece que quepa decir, sin más, de esos momentos de paz alcanzados, que por ser fugaces sean una nada de experiencia, o sean algo así como una nada vital. En la medida en que los momentos de esa paz lograda se hagan cuerpo en él, podrán llegar a convertirse en referencias específicas y concretas para sus próximas percepciones de situaciones en que se encuentre y para sus subsiguientes acciones. Es probable que esos instantes de paz puedan llegar a convertirse en momentos de reflexión sobre lo vivido, de una suerte de balance de experiencias que lleguen a adentrarse y consolidarse en él como instancias personales de conocimiento de sí mismo, de los diversos elementos que configuran sus aspiraciones y elecciones, así como del complejo dispositivo en que se enlazan y expresan sus acciones y respuestas a lo que aparece en su horizonte de vida. Así, cabría entender la paz como un momento de articulación y un operador de cambio que actúa como un tamiz, a partir del cual se le puede abrir a cada individuo una renovada y fecunda posibilidad de relación con los otros hombres, sobre la base de esta continua y renovada experiencia de esa multiplicidad percibida por él como suya.

Por otra parte, también cabría considerar desde otra perspectiva aquella oposición corriente que se establece entre la paz y la guerra, y que tiende a calificar a ésta y a los conflictos y luchas que la preludian o también la conforman, como algo a ser evitado, superado o eliminado del ámbito de posibilidades de lo humano. Pues también es pensable que la paz adquiera su más propia posibilidad de ser fecunda a partir del asumir plenamente, es decir, de traspasar también con la reflexión y el conocimiento a la entera diversidad, multiplicidad de elementos, de pasiones, fuerzas y palabras, de conceptos e ideas que han conducido al hombre a una lucha o conflicto determinado, no sólo con los otros hombres, sino, ante todo, consigo mismo. Pues aquí, en el individuo, en tanto se asuma esa multiplicidad que está en obra en la conformación del sujeto mismo, de su subjetividad, es en donde se encontraría, hoy, el escenario primero de aparición de confrontaciones y antagonismos que luego pueden aparecer también en la sociedad según modalidades específicas. ¿Cómo podría imaginarse otro tipo de sociedad que la existente, ante la insatisfacción que ésta pueda suscitar, si se sigue pensando a sus individuos, sujetos o ciudadanos, de acuerdo a los modelos tradicionales, vigente de ellos, pero también insatisfactorios? Pareciera que es allí, en el recinto de la propia subjetividad en vías o en proceso de decantación

y consolidación, donde es posible encontrar la procedencia inmediata o lejana de esos otros tipos de pugnas con carácter y estaturas sociales, de las que se clama y reclama por su superación o transformación. Pero entonces habría que abrirse a la posibilidad de considerar a esos múltiples elementos constitutivos de la lucha y el conflicto en el sujeto, como no siendo ajenos a la paz. Más bien ésta sería deudora de ellos, pues sin ellos no se accedería a esos momentos especiales que han recibido el nombre de “victoria” y que en su eventualidad se estima que traen consigo a la paz. Para ser fecunda, la paz habría de ser algo más que el mero desenlace mecánico, o por fatiga, de las fuerzas y palabras en pugna, o bien una aspiración o una imposición que procedan desde instancias exteriores a las fuerzas o ideas –ideologías o concepciones de mundo, si se quiere– que se han trabado en lucha. La paz podría ser, así, algo más y algo otro que el simple fin procedimental y formal de un ordenamiento político, como plantea Norbert Bilbeny², reflexionando a propósito de la política en el campo tradicional de la sociedad civil, que es en el cual casi con exclusividad se ha solido pensar sobre la paz, sobre el trasfondo de una guerra que se procura evitar. O bien, podría ser a la vez algo distinto de lo que propone Kant cuando dice, “la paz es algo que debe ser «instaurado»”³, y ha de instaurarse mediante una constitución civil republicana que ve en la paz el fin anhelado por la razón y el derecho, para configurar una relación libre entre los ciudadanos de una sociedad⁴.

Aprender a repensar lo que significa entender la noción de un sujeto constituido radicalmente por una multiplicidad de elementos que se articulan de maneras diversas y específicas, para desde allí visualizar las variantes de sentido que pueda alcanzar la idea de la paz en dicho sujeto, es algo que puede tomar mucho tiempo. Pero así como la paz en la sociedad civil suele tomarse tiempo para llegar a implantarse duraderamente –y cualquiera sea la extensión y el sentido de esta duración–, también se le puede dar tiempo a esta noción del sujeto múltiple para que sea entendida, pensada y asumida. En donde esa multiplicidad suya en buena medida es deudora de los hechos de la historia, que con su muchas veces azaroso y lento pero persistente trabajo de reiteración de hechos y sucesos –que, a su vez, en diversas ocasiones suelen escapar a las decisiones exclusivamente individuales–, han vuelto

² Norbert Bilbeny, *Política sin Estado*. Ariel, 1998, Barcelona. p. 89.

³ Immanuel Kant, *La paz perpetua*. Espasa-Calpe, 1972, Madrid. p. 101. El término aquí empleado es *stiften*, (en la frase: Er {der Friedenszustand} muss also g e s t i f t e t werden), y puede ser traducido también por fundar, instituir, establecer. De acuerdo al contexto de esa frase, hemos mantenido la traducción del texto citado.

⁴ Por otra parte, no hay que olvidar que Kant refuerza esa idea de la necesaria “instauración” de la paz, con su reconocimiento del egoísmo natural de los hombres que les conduce a la discordia, de manera que los fines de la razón se ven además respaldados por la Naturaleza, en tanto ésta actúa como la que “garantiza la paz perpetua, utilizando en su provecho el mecanismo de las inclinaciones humanas”. *Ibíd.* p. 129. Ver también *Idea de una historia universal en sentido cosmopolita*, en *Filosofía de la historia*, FCE., 1981, México. pp. 46-48.

más densa y compleja la trama de las experiencias humanas de los individuos, aunque también aquéllas que contribuyen a configurar a una sociedad.

Y parece indudable que una de las dimensiones sin la cual la historia no podría llegar a convertirse en una instancia válida de referencia para la comprensión de las acciones de los hombres y de las experiencias que éstas dejan en ellos, es la memoria; tanto como la transformación de ésta, de lo que ella alberga, a manos de las propias acciones u omisiones realizadas por esos mismos hombres y que dan lugar a ese extraño, enigmático espacio del olvido.

Al estar hecha y traspasada la historia inevitablemente por el tiempo, resulta obvio que su trama no está configurada sólo por acciones detentoras de una imposible vigencia plena en un presente perenne. Los momentos activos y fulgurantes de un presente cualquiera son los que sustentan el curso de la historia, aquéllos que al activarse la memoria en narración son recuperados para convertirse en otro presente, que así escapa al olvido. Como actividad radicalmente humana, la historia se hace y rehace a través de los múltiples caminos recorridos por la memoria y el olvido, por la reinterpretación del pasado en el presente y del presente que procura asumir un pasado, o lo que estima como su pasado. Y esta es una de las encrucijadas ante la que el sujeto múltiple también se enfrenta una y otra vez en su tránsito hacia sí mismo.

Es claro que la memoria no es sólo un asunto del pasado. La memoria, cuando recuerda, es siempre presente, es en el presente que la memoria actúa. Memoria recordante, actuante en el presente, que se siente y se sabe traspasada allí por todo el cúmulo de emociones y sentimientos que se despiertan y por los estados de atención de la conciencia que se ponen en alerta, a través tanto de los momentos en que nos dirigimos a ese pasado –con la incertidumbre o la esperanza de lo que allí se reencontrará–, como también por aquellos otros que habrán de emerger cuando nos reinstalemos en ese pasado que ahora se quiere, se espera poder recrear, aunque se ignore su eventual resultado. Con estos tipos de saber sintiente y de atención y estas modalidades de la incertidumbre, es con los que habrá que contar cuando se intente considerar cómo puede experimentar la paz un sujeto que asuma la multiplicidad de lo que lo constituye.

¿Es que la memoria sólo puede ser el recuerdo de episodios siempre y en cualquier momento claramente datables, no afectados por la herrumbre del olvido? ¿Por qué no podría llegar a convertirse la paz en el momento de constitución y manifestación de algo que pudiera denominarse como lo *inmemorable* para el sujeto? ¿Al menos en alguno o algunos de los momentos de entre los muchos de ellos que puede experimentar en su vida? Pues la paz puede ser el momento en que el sujeto logre situarse más allá de las peripecias de la memoria y el olvido frente a la diversidad de elementos, de hechos, situaciones o acontecimientos que habitan en su historia particular, para encontrar los puntos de apoyo insustituibles, los puntos cardinales imborrables de su existencia pasajera, y que le permiten trazar el diseño más propio de las decisiones de su presente –que está una y otra vez volcado también hacia el porvenir de ellas. Esos puntos de cruce de su vida, esas encrucijadas que pudieran convertirse en inevitables para su pensar y actuar de cualquier otro tiempo posterior

—y que se perfilarían en los instantes de una paz—, serían lo inmemorable para este sujeto múltiple: aquello cuyo comienzo no parece que pueda ser datado ni delimitado inequívocamente por la memoria y que, sin embargo, es insobornable a los rigores del olvido. Esas encrucijadas a veces difícilmente perceptibles, puesto que ellas mismas están hechas de caminos que vienen de otros lugares o también van hacia otros parajes, que pueden distraer nuestra atención de ellas como puntos de cruces decisivos. Y sin olvidar las casualidades o azares que nos puedan llevar a ellos o igualmente, en otros momentos, haber pasado o pasar por encima de sus señales. Esos puntos inmemorables de la existencia de este otro tipo de sujeto bien pueden exhibirse como el lugar históricamente incanjeable de reunión de la pluralidad que se es, como referencia obligada en el momento en que se sopesen alternativas o viabilidades de acciones a cumplir, como señales de la identidad consigo mismo a que puede retornar y a la que también puede recrear cuando se abre al espacio en que habita y a aquellos con quienes convive, a los que pueda recordar y a los que haya olvidado.

Eso inmemorable del sujeto de esta paz puede no ser un fundamento que funda irrecusable o irrevocablemente. Pues eso inmemorable sería deudor de la historia particular de cada sujeto y como toda historia humana habrá de tener las huellas, cicatrices y memorias que con el correr del tiempo se hagan cuerpo en él, con o a pesar de los olvidos que lo recubran. Y por esto, eso inmemorable podrá esclarecerse según distintos perfiles en un sujeto, de acuerdo a la altura de la vida en que se encuentre y a las circunstancias que le lleven a recorrerla en su historia. Así, el número y el lugar en que se encuentran las encrucijadas de lo inmemorable pueden modificarse en el curso de la propia vida, a medida que en ella se avanza en años o en ella se consolidan experiencias, pues unos y otras pueden conducirnos a poner o a modificar los acentos que estimamos correctos, ajustados en su intensidad o decisivos en distintos acontecimientos del pasado, de manera que en los momentos de detención, de paz en esa historia, ahora sólo se la puede leer con la cadencia y el ritmo que ella hace posible allí⁵.

Pero tal vez no sólo esto sucede con lo inmemorable, cuando se asume la condición histórica, propiamente humana del hombre. Cuando desde la paz se llega a percibir el pasado como propio, por tanto como formando parte también del hoy y del mañana que ahora avistamos, y por los cuales podemos ponernos en juego aun a riesgo de esa misma paz, los hechos de ese pasado pueden recibir la acción transformadora de un querer que ya no los ve sólo como el resultado aleatorio de

5 Tal vez aquí cabría recordar esas palabras que Zaratustra pronuncia en la sección “Del espíritu de la pesadez”, a propósito de cuándo y cómo podría acceder un hombre a sí mismo, por fuera de las coordenadas teóricas del sujeto metafísico. Allí dice: “Y en verdad, no es un mandamiento para hoy ni para mañana el de *aprender* a amarse a sí mismo. Antes bien, de todas las artes es ésta la más delicada, la más sagaz, la última y la más paciente: A quien tiene algo, en efecto, todo lo que él tiene suele estarle bien oculto; y de todos los tesoros es el propio el último que se desentierra, —así lo procura el espíritu de la pesadez”.

decisiones que no fueron necesaria ni exclusivamente nuestras. Apropiarse lo inmemorable de la propia historia significaría otorgarle también la condición de ser no simplemente un hecho al que pudimos ser conducidos por otras manos, de algún modo ajeno o extraño a las propias decisiones, sino algo que puede ser reintroducido en nuestra experiencia, reinterpretado como habiendo sido querido por nosotros mismos. Un querer que reatrapa así en su vuelo a la linealidad unidireccional –e irreversible, se dice– de la flecha del tiempo, en tanto puede llegar a ser un querer que transforma lo querido e inventa lo querible desde la afirmación que en ese instante sea capaz de recordar, imaginar y hacer. Sería este un querer que se resiste al yugo de un tiempo que sobrevuela o circula por fuera de él, y que más bien procura reinsertarlo en la trama temblorosa y, sin embargo, también bravía de su existencia terrenal. Al proceder de este modo, lo que se hace, en rigor, es incorporar como propios a los diversos momentos de lucha, conflicto en que estuvieron envueltos los distintos elementos de la pluralidad que se es y que, por la vía que haya sido, condujeron a la paz que los acoge, asume y recrea en este momento de desenlace que es la paz, y que puede ser también vivida como una victoria, probablemente breve, como la paz misma.

Pensamos que mucho de lo elaborado en estos últimos párrafos está presente como una línea pespunteada en la propuesta de Nietzsche acerca de la voluntad, cuando la entiende como esa otra forma de racionalidad del tipo de hombre que él procura pensar, y que habría de suceder a ese hombre pensado por la metafísica como un sujeto uno y universal, que pretende conocer y pensar, fundar la multiplicidad de lo existente desde una instancia trascendental. El tipo de racionalidad incluido en aquella otra voluntad sería una que convierte al sujeto plural en un “creador”, en “un libertador y portador de alegría”⁶, teniendo a ese centro de gravedad suyo que es su cuerpo, situado entre los cambios y permanencias de la historia, como los puntos de apoyo desde los cuales el hombre procura abrirse hacia sí mismo y hacia los otros.

La alegría que puede otorgar al sujeto ese o esos instantes inmemorables de la paz serían el resultado de la acción de ese querer que hace suyo lo que, habiéndole de hecho pertenecido en su pasado de algún modo, se le escapaba sin embargo entre el tráfago de su quehacer cotidiano de hoy y del borroso olvido que la rutina de lo cotidiano de ayer, aunque también de hoy, suele traer consigo para lo que lo configura. Sería así la alegría que le procura al sujeto la acción de su propio querer, de su voluntad, que al reapropiarse las huellas de sí mismo y convertirlas en un instante fulgurante de su subjetividad, de hecho se encuentra con que está creando esa subjetividad suya, y que a ésta puede considerarla ahora como suya, porque la ha creado él mismo al recrear ese pasado que de alguna manera permanecía ciego para él. Es la

6 F. Nietzsche. *Así habló Zaratustra*, sección “De la redención”. Alianza Editorial, 1978, Madrid.

alegría ante la *obra creada* por su propia voluntad que, además, lo hace libre frente a sí mismo y a partir de sí mismo, libre para emprender otros querer, proyectos y acciones en las que, qué duda cabe, podrá ponerse en juego y arriesgarse una vez más a seguir queriendo. Es también la alegría que puede traerle el experimentar la libertad frente a sí mismo a partir de ese instante inmemorable, que podrá tener toda la fugacidad de esas fotografías instantáneas que logran hacer cuajar en el gesto allí grabado, a la vez, el trazo duradero, sin embargo, de una vida que se asienta y se repite en tantos otros gestos y momentos que, opacados por la rutina diaria, guardan y otorgan también a ese instante la consistencia de una vida entera. Es la alegría de otro tipo de sujeto, para otro tipo de paz, a los cuales bien puede valer la pena darles tiempo para que lleguen a manifestarse en otro tipo de vida cotidiana que algún día puede llegar⁷.

⁷ Y, ¿quién lo sabe?, tal vez todo esto existe ya –y puede incluso haber existido– en algún paraje humano que ha ignorado o se ha resistido a recorrerse y a mirarse a sí mismo desde fuera de sí, desde algún más allá escrito en clave divina, teleológica o trascendental y que, por el contrario, ha insistido en buscarse y diseñarse a sí mismo entremedio de la contingencia y precariedad de lo humano, sospechando o sabiendo que allí también se albergan fugaces y extrañas posibilidades de la belleza de lo humano.